

nes de francos de renta, y el primer puesto entre las princesas después del de la futura emperatriz. Proponíase tenerla á su lado como su mejor y más afectuosa amiga.

Habíase olvidado Napoleón de lo principal, á saber, de la relajación del vínculo religioso, indispensable para que fuese completo el divorcio. Daba á esto al parecer poca importancia, porque contaba con que el cardenal Fesch y Josefina habían guardado el secreto acerca de la consagración religiosa dada á su matrimonio el día antes de la coronación. Pero el cardenal Fesch se lo había comunicado al archicanciller Cambaceres, y éste representó á Napoleón que podrían tal vez las cortes extranjeras, á las cuales quería unirse, dar á la cuestión religiosa la importancia que él no le daba, y que por lo tanto convenía tratar de la solución del lazo espiritual que debía acompañar al divorcio civil. Encolerizóse Napoleón contra el cardenal; alegó que la ceremonia celebrada sin testigos en la capilla de las Tullerías no tenía valor ninguno; que el único objeto de ella había sido aquietar la conciencia del papa, y que querer ahora suscitarle un nuevo obstáculo era una perfidia en su tío el cardenal. A pesar de esto se convino en que, cuando ya no hubiese necesidad de guardar secreto, reuniría el archicanciller cierto número de obispos para buscar el medio de disolver el vínculo espiritual sin necesidad de recurrir al papa, del cual no podía esperarse nada favorable en el estado actual de las relaciones entre el imperio y la Iglesia romana.

Dedicóse en seguida Napoleón á buscar la princesa que había de reemplazar á Josefina en el trono de Francia, y para esto tomó por único confidente á Mr. de Champagny, así como Cambaceres lo había ya sido exclusivo para la cuestión de fórmulas. Era preciso que el nuevo enlace, al mismo tiempo de darle un heredero y de servir á la política que seguía como fundador del imperio, sirviese á su política exterior consolidando su sistema de alianzas. Podía escoger una esposa ya en las cortes de segundo orden, ya en las principales, como suelen hacer los monarcas preponderantes: buscando sus esposas en las cortes de primer orden, se robustecen éstos con la amistad de las naciones grandes, pero por poco tiempo, como lo prueba la experiencia, porque las naciones grandes son naturalmente rivales unas de otras, y los enlaces de familia son meras treguas para su emulación; buscándolas en las cortes secundarias se granjean de una manera más sólida las únicas cortes que pueden serle fieles, porque no teniendo motivos para emular pueden permanecer leales todo el tiempo que esté su interés plenamente satisfecho. Pidiendo su nueva esposa á una corte secundaria, pues, podía hacer Napoleón una elección sencilla y honrosa; tal era la que le ofrecía la hija del rey de Sajonia, del príncipe alemán que le era más devoto, que más le debía y que merecía más estimación. Esta princesa estaba en la edad sazónada de la vida, era bien formada y de excelentes costumbres: todo hubiera sido fácil y seguro en este enlace, que por otra parte no habría deslumbrado á nadie.

Al dirigir sus miradas á las cortes de primer orden, no podía elegir Napoleón más que entre el Austria y la Rusia. Nada en verdad más noble ni más aproximado á lo que llamamos legitimidad que una alianza con el Austria; alianza muy hacedera por cuanto los representantes de la corte de Viena habían insinuado de mil

maneras diversas lo mucho que su corte ambicionaba contraer vínculos con Napoleón. ¡Pero los rencores estaban aún tan recientes! ¿Cómo era posible abrazarse y desposarse después de haberse hecho tan sangrienta guerra? ¿No era una inconsecuencia que repugnara á los dos pueblos el estrecharse inmediatamente después de las batallas de Essling y Wagram? Por otra parte (y esta era la razón principal) el hacerlo así era renunciar á la alianza rusa que desde la paz de Tilsit era la base de la política del imperio. En los últimos seis meses había tenido Napoleón varios motivos para estar resentido de Alejandro, principalmente en la última guerra donde tan mal secundado había sido; pero todavía seguía mirando la alianza rusa como la más importante, y como suficiente para tener encadenado el continente y aislada á Inglaterra, aun cuando la actual tibieza degenerase en una mera neutralidad. Por esta razón se proponía conservarla, manifestando sin embargo al emperador Alejandro, según lo había hecho siempre en sus últimas comunicaciones, todos los motivos que tenía para estar satisfecho ó descontento de él. Un enlace con la corte de Rusia parecería naturalmente indicado por todo lo que había mediado antes. En Erfurt el mismo Napoleón había puesto al emperador Alejandro en el caso de expresarse de una manera favorable respecto de la posibilidad de su consorcio con una princesa rusa, con la gran duquesa Ana, que todavía estaba soltera. El zar se le había manifestado enteramente dispuesto, sin más recelo que las dificultades que pudiese oponer su madre, princesa respetable, pero orgullosa é imbuída en las preocupaciones de la aristocracia europea. Habíase ésta dado prisa á unir á la gran duquesa Catalina, que era una princesa verdaderamente notable por su belleza, su talento y su carácter, y ya casadera, con un mero duque de Oldemburgo, sólo con el objeto de frustrar otra petición que había entrevisto y temido: por lo tanto era de recelar que, no habiendo vacilado en precipitar el casamiento de la primera hija por evitar una alianza contraria á sus opiniones personales, no estaría muy dispuesta á ceder á Napoleón la segunda. Alejandro no obstante había ofrecido su mediación, y en cierto modo el triunfo, aunque sin obligarse á nada, porque estaba resuelto á no enemistarse con su madre, y ambos se separaron, como dijimos en su lugar, muy satisfechos uno de otro. Habiendo mediado aquellas pláticas, no era posible pensar en otro enlace sin romper la alianza, lo cual no podía convenirle á Napoleón. Éste por otra parte esperaba que aquel consorcio comunicaría á la alianza rusa la cordialidad y calor que había perdido, y produciría en Europa la influencia apetecida.

Mandó en consecuencia á Mr. de Champagny que escribiese para San Petersburgo un despacho que él mismo pondría en cifra, para que Mr. de Caulaincourt lo descifrara, fuese un secreto para todos, hasta para el mismo Mr. de Romanzoff, y sólo pudiese leerlo el emperador Alejandro. En este despacho, que llevó la fecha del 22 de noviembre (1), decía Mr. de Champagny lo siguiente:

(1) Es casi excusado advertir que todo esto está sacado de los mismos documentos originales hasta hoy desconocidos. Todo lo relativo al divorcio de Napoleón y á su segundo enlace está desfigurado en las historias hasta ahora publicadas. Mi narración es en todo ajustada á la correspondencia secreta y á las Memorias inéditas del príncipe Cambaceres y de la reina Hortensia. (N. del A.)

«Estando en Erfurt el emperador Alejandro, llegaron á sus oídos ciertos rumores de divorcio: habló acerca de esto con el emperador Napoleón, y le dijo que la mano de la princesa Ana su hermana estaba á su disposición. Desea S. M. que promueva usted esta conversación lisa y llanamente, y que se dirija usted al emperador Alejandro en estos términos:

«Señor: tengo motivos para creer que el emperador, cediendo á las continuas instancias del país, trata de divorciarse. ¿Me autoriza V. M. I. á comunicarle que puede contar con su augusta hermana? Piénselo V. M. dos días y deme francamente la respuesta, no como al embajador de Francia sino como á un apasionado de las dos familias. No es una demanda formal la que hago á V. M.; tan sólo pido que V. M. me descubra sus intenciones. Aventuro, señor, este paso, porque V. M. me tiene ya demasiado hecho á decirle todo lo que pienso para temer que quiera jamás comprometerme.»

«No hablará usted de esto á Mr. de Romanzoff bajo ningún pretexto; y luego que haya usted tenido con el emperador Alejandro esta conversación, y la otra que deberá tener lugar dos días después, olvidará usted completamente la comunicación que le dirijo. Me dará usted parte además de las cualidades de la joven princesa, expresando principalmente la época en que podrá ser madre, porque en los cálculos actuales no son indiferentes seis meses más ó menos. No creo necesario encargar á V. E. el más inviolable secreto, porque ya sabe lo que en esto debe al emperador.»

Despachada esta comunicación, y dispuesto ya todo para la disolución del matrimonio con la emperatriz Josefina y un nuevo enlace con una princesa rusa, esperaba Napoleón lleno de impaciencia la llegada del príncipe Eugenio para declararse á la que todavía era su esposa, cuando el formidable secreto salió de sus labios impensadamente. Estaba aquella desgraciada cada día más triste, más azorada, más importuna en sus quejas, y, cansado Napoleón de sus reconvenciones, le dijo un día para hacerla callar, que era inevitable romper el lazo que los unía para formar otro; que la salud del imperio exigía ya de ellos una resolución heroica, y que la Francia contaba con su valor y su resignación para consumir un divorcio que él mismo no podía otorgar sin un gran sacrificio. No bien pronunció estas terribles palabras, rompió el llanto Josefina y cayó casi sin sentido. Llamó el emperador á su gentilhomme de guardia Mr. de Beausset para que le ayudase á levantar á la emperatriz, presa ya de violentas convulsiones, y entre los dos la condujeron á su estancia.

Llamóse á la reina Hortensia, que acudió presurosa adonde estaba el emperador, á quien halló conmovido, y encolerizado al mismo tiempo por los obstáculos que se oponían á su designio: fué la joven reina recibida con dureza, y oyó de boca de Napoleón que su partido era ya inalterable, y que nada podrían las lágrimas ni los clamores contra una resolución que hacía ya inevitable y necesaria la salud del imperio. Su tono era áspero, como calculado para poner dique á un llanto que él mismo no podía ver correr impasible; pero la reina Hortensia, que sintió en aquel momento herido su orgullo y el de su madre, componiendo con dignidad el semblante se apresuró á asegurar al emperador que no

le importunarían lágrimas ni lamentos; que la emperatriz obedecería á sus deseos y bajaría del trono lo mismo que había subido á él, por efecto de su voluntad; que sus hijos, satisfechos con renunciar á unos honores en los cuales no habían encontrado la felicidad, consagrarían gustosos su vida á consolar á la mejor y más tierna de las madres. No le faltaban, en verdad, motivos para expresarse así á la infortunada esposa del rey Luis. Al oírlo Napoleón, deponiendo su fingida dureza, y abandonándose á la verdadera emoción que en lo íntimo de su corazón experimentaba, rompió también á llorar,



Hortensia de Beauharnais

descubrió á su hija adoptiva su dolor inmenso, la violencia que tenía que hacerse á sí mismo para no renunciar al partido que había tomado y la gravedad de los motivos que le obligaba á obrar de ese modo, y la suplicó que no le abandonase y que permaneciese á su lado con el príncipe Eugenio para ayudarle á consolar á su madre, á calmarla, y conseguir que viviese resignada y hasta cierto punto feliz como verdadera amiga, ya que no podía seguir siendo su esposa. Manifestó Napoleón entonces todo lo que se proponía hacer por ella para que le fuese menos penoso el cambio de posición que había necesariamente de producir el divorcio. Poco era en verdad para quien dejaba un trono, palacios, quintas, pingües rentas y el primer puesto en la corte después del de la emperatriz reinante; pero para una mujer de ánimo versátil y un tanto frívolo como Josefina, no podían menos de ofrecer algún consuelo. La reina Hortensia, que amaba á su madre con ternura, voló en su busca para tratar de consolarla, ó de atenuar al menos su dolor. ¡Qué de lágrimas derramaron juntas

la madre y la hija! Josefina, sin embargo, apareció más tranquila en los días consecutivos: esperaba la llegada de su hijo, y la tardanza de éste, y el ver que entre su esposo y ella no mediaba ningún acto solemne, le hacían concebir vagas esperanzas, que por otra parte alimentaban también las atenciones de que la colmaba Napoleón, satisfecho con haberle declarado el terrible secreto.

Los sollozos y lamentos de Josefina, referidos por la servidumbre, se propagaron entretanto por todo el palacio y en todo París; pero aunque en las Tullerías se hubiese procedido con el mayor recato, habría seguramente bastado el júbilo de la familia de Bonaparte, siempre émula de la de Beauharnais, para revelar todo con sus involuntarias indiscreciones. La corte, ingrata y curiosa, adelantándose a los mismos dichos del público, afectaba ya olvidarse de la emperatriz destronada, y sólo hablaba de la emperatriz futura paseando las miradas por todas las cortes de Europa. Quería Napoleón poner término a esta situación tan falsa y penosa, para lo cual sólo esperaba a que llegase el príncipe Eugenio.

Llegó a París este excelente príncipe el 9 de diciembre. Su hermana, que había salido a recibirle, se arrojó en sus brazos, anunciándole la triste suerte de su madre. Hasta entonces había abrigado Eugenio cierta duda, y en vez de temer una desgracia se había momentáneamente lisonjeado con la esperanza de llegar a la cumbre de la humana grandeza, por que su esposa la princesa Augusta le había dicho que quizás le enviaban a llamar para declararle heredero del imperio: ilusión que no había contribuido poco a fomentar sus victorias durante la última campaña. Era el príncipe Eugenio moderado en sus deseos, y lo que principalmente le afligió al saber el objeto que le llevaba a París fué la suerte de su esposa, pues era evidente que si Napoleón llegaba a tener por sucesor a un hijo, no cercenaría su herencia separando de ella el reino de Italia. Así, pues, no sólo tenía que renunciar al trono de Francia, al que verdaderamente nunca había aspirado, sino también al de Italia que al cabo de una larga posesión ya parecía como destinado a ser su patrimonio. Acudió no obstante a la orden del emperador, dispuesto a todo, y más pesaroso de la suerte de su familia que de la suya propia. Napoleón que le tenía particular afecto le estrechó en sus brazos, le manifestó los motivos de su conducta, le demostró la imposibilidad de hacerle a él reinar llevando el nombre de Beauharnais con preferencia a los Bonapartes que eran tan poco dóciles, y le comunicó los proyectos que tenía para asegurar a los de Beauharnais una existencia correspondiente en un todo a los años de grandeza que habían disfrutado. En seguida condujo a los dos hijos de Josefina adonde estaba su madre, y aquella entrevista fué larga y dolorosa.—Es preciso que nuestra madre se aleje de aquí, y nosotros con ella, repetía Eugenio, como ya lo había dicho la reina de Holanda; retirémonos todos juntos a expiar en la obscuridad una grandeza efímera que más ha perturbado que embellecido nuestra existencia.—Napoleón, conmovido, anonadado y desecho en lágrimas como ellos, les replicaba que debían al contrario permanecer a su lado con su madre, con todo el brillo de que se proponía él revestirlos, para que constase a

todos que no estaba Josefina repudiada ni en desgracia, sino que meramente había sido sacrificada a una necesidad de Estado, y obtenido la recompensa de su noble sacrificio en el engrandecimiento de sus hijos y en la entrañable amistad del que hasta entonces había sido su esposo.—Después de muchas ponderaciones, que suelen ser siempre un lenitivo para el dolor lo mismo que las lágrimas, los hijos de Josefina colmados de muestras de afecto de parte de Napoleón experimentaron cierto consuelo, que no tardó en comunicarse a la misma madre. A su violenta agitación siguió un poco de calma; pero aquella entrevista dejó en el noble semblante de Napoleón hondas huellas que llamaron la atención de los que no creían que su alma imperiosa, llena de voluntades inflexibles, pudiese dar cabida a tiernos afectos. Una vez hecho el sacrificio, sólo faltaba que fuese irrevocable, y el 15 de diciembre fué el día elegido para consumir la relajación del vínculo civil con arreglo a las formalidades concertadas con el archicanciller Cambaceres.

Reunióse en la noche del 15 toda la familia imperial en el gabinete del emperador en las Tullerías. Hallábanse presentes la emperatriz madre, el rey y la reina de Holanda, el rey y la reina de Nápoles, el rey y la reina de Westfalia, la princesa Borghese, el archicanciller Cambaceres y el conde Regnaud de Saint Jean d'Angely, desempeñando los dos últimos las funciones de oficiales del estado civil con la familia imperial. Napoleón, en pie, dando la mano a Josefina, toda anegada en lágrimas, y él también con los ojos arrasados, leyó el discurso siguiente:

«Príncipe archicanciller, mi primo: con fecha de hoy os he dirigido una carta cerrada mandándoos acudir a mi gabinete para participaros la resolución que yo y la emperatriz mi muy amada esposa hemos tomado. Mucho celebro que los reyes, reinas y princesas, mis hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, mi entenada y mi hijo adoptivo, así como también mi madre, se hallen presentes a lo que voy a comunicaros.

«La política de mi monarquía, el interés y la salud de mis pueblos, que siempre han sido el norte de mis acciones, exigen que a mi muerte deje este trono en que me colocó la Providencia a hijos que hereden juntamente mi amor a mis gobernados. He perdido hace años la esperanza de tener hijos de mi matrimonio con mi amada esposa Josefina; y esto es lo que me obliga a sacrificar las más dulces afecciones de mi corazón, a no atender más que al bien del Estado, y a querer la disolución de nuestro consorcio.

«A los cuarenta años de edad, aun puedo abrigar la esperanza de vivir lo suficiente para llegar a comunicar mi espíritu y mis pensamientos a los hijos que plegue a la Providencia darme. Dios sabe lo que me cuesta semejante resolución: pero no hay sacrificio que sea superior a mi ánimo cuando estoy convencido de que lo demanda el bien de la Francia.

«Necesito añadir que lejos de haber tenido jamás motivos de queja, he vivido siempre satisfecho de la fidelidad y ternura de mi amada esposa. Su amor ha embellecido quince años de mi existencia, y este recuerdo permanecerá siempre grabado en mi corazón. Por mi mano fué coronada, y quiero que conserve el carácter y título de emperatriz; pero principalmente

anhelo que no dude jamás de mí y me considere siempre como su mejor y más afectuoso amigo.»

Cuando acabó de hablar Napoleón, Josefina, que tenía en la mano un papel, trató de leerlo; pero los sollozos ahogaron su voz y lo transmitió a Mr. Regnaud, el cual leyó lo siguiente:

«Con el consentimiento de mi augusto y amado esposo, debo declarar que habiendo perdido ya toda esperanza de tener hijos que puedan satisfacer las necesidades de su política y el interés de la Francia, me complazco en darle la mayor prueba de abnegación y cariño que se ha dado jamás en el mundo. Todo lo debo a sus bondades: su mano fué la que me coronó, y en ese elevado trono no he recibido del pueblo francés más que testimonios de afecto y de amor.

«No creo poder corresponder mejor a sus sentimientos que consintiendo en la disolución de un consorcio que es ya un obstáculo para el bien de la Francia, que la priva de la felicidad de verse algún día gobernada por los descendientes de un hombre grande, tan visiblemente suscitado por la Providencia para curar las llagas de una terrible revolución y restablecer el altar, el trono y el orden social. Pero la disolución de nuestro matrimonio en nada alterará los sentimientos que abriga mi corazón: el emperador verá siempre en mí su mejor amiga. Bien sé cuán costosa es a su corazón esta determinación que reclaman la política y los grandes intereses, pero ambos nos consideramos dichosos al hacer a la patria este sacrificio.»

Dichas estas palabras, las más notables que en semejantes circunstancias se pronunciaron jamás, puesto que no hubo nunca divorcio alguno más exento de mezquinas y vulgares pasiones, el archicanciller tomó acta de ambas declaraciones, y abrazando Napoleón a Josefina la condujo a su aposento, donde la dejó medio desmayada en brazos de sus hijos. Trasladóse inmediatamente al salón del Consejo, donde estaba ya reunido, con arreglo a las constituciones del Imperio, un consejo privado para redactar el senado-consulta que pronunciaba la disolución del matrimonio de Napoleón y Josefina, y redactado que fué el senado-consulta se decidió pasarlo el día siguiente al senado.

Así se verificó, y este elevado cuerpo, convocado de orden del emperador, se reunió para oír la declaración de los dos augustos esposos y declarar lo consiguiente a su resolución. Empezó la sesión con la recepción del príncipe Eugenio como senador, pues nombrado desde la época de su partida a Italia, aún no había tomado posesión de su asiento. Con este objeto se le prepararon unas cuantas frases dignas y sencillas, que pronunció al darse cuenta del nuevo senado-consulta. «Mi madre, mi hermana y yo, dijo, lo debemos todo al emperador. Ha sido para nosotros un verdadero padre, y nosotros seremos para él en todo tiempo hijos afectuosos y súbditos sumisos.

«Conviene al bien de la Francia que el fundador de esa cuarta dinastía no encanezca sino rodeado de una descendencia directa, garantía para todos nosotros y prenda de gloria para nuestra patria.

«Cuando mi madre fué coronada ante la nación entera por mano de su augusto esposo, contrajo la obligación de sacrificar todas sus afecciones a los intereses de Francia, y ha sabido llenar este deber, que era el

primero de todos para ella, con valor, nobleza y dignidad. Muchas veces se ha enternecido su corazón viendo peligrar en rudos combates la vida de un hombre acostumbrado a dominar a la fortuna, y a marchar siempre con pie firme hacia el cumplimiento de sus gigantescos designios. Para la gloria de mi madre bastan las lágrimas que esta resolución le cuesta al emperador. En la situación que le está reservada jamás será indiferente ni por sus votos ni por sus sentimientos a las nuevas prosperidades que el país espera, y siempre verá con satisfacción y orgullo los beneficios que su patria y su emperador reporten de su abnegación.»

El senado-consulta fué votado en aquella misma sesión. Declarábase en él disuelto el matrimonio contraído entre el emperador Napoleón y la emperatriz Josefina; conservábase a ésta en la categoría de emperatriz coronada, asignábasele una renta de dos millones de francos, y hacíanse obligatorias para los sucesores de Napoleón las disposiciones que en su favor tomase relativas a la lista civil. Fueron éstas una donación de un millón de francos, además de los dos millones que debía satisfacerle el Tesoro del Estado, la cesión en pleno dominio de los palacios de Navarra y de la Malmaison, y de una multitud de objetos preciosos.

Al día siguiente (17 de diciembre) publicáronse en el *Monitor* todos estos documentos y se anunció al público la disolución del casamiento. Todos manifestaron sentir mucho la suerte de Josefina, a quien estimaban no sólo por su natural bondad sino también por sus mismos defectos, tan conformes con la índole de la nación; pero pasados los primeros momentos de compasión hacia su desgracia, ya nadie pensó más que en la que había de ocupar su puesto. Estaba dividida la opinión entre una princesa rusa y una princesa austriaca. Creíase generalmente que la princesa rusa sería la preferida, fundándose como lo hacía el mismo Napoleón en la circunstancia de mediar ya entre Francia y Rusia una alianza. La infeliz Josefina se había retirado a la Malmaison, donde vivía con sus amantes hijos, que se esmeraban solícitos en consolarla sin lograrlo apenas. Napoleón fué a verla al día siguiente, y la siguió visitando todos los días consecutivos: creyó deber revestir una especie de luto, y dejando a los ilustres huéspedes que habían acudido a su corte, se retiró a Trión, donde pasaba el tiempo cazando, trabajando, y esperando el resultado de las negociaciones comenzadas. Enviáronse nuevas instrucciones a San Petersburgo el mismo día 17 con objeto de estimular a la corte de Rusia a contestar inmediatamente sí ó no, y expresábase en el despacho que se remitía que todas las condiciones, hasta las relativas a la religión, serían admitidas, y que sólo podría ser obstáculo la edad ó la salud de la princesa; pero que si en estos dos conceptos no había dificultad para que la princesa tuviese hijos, y su familia consentía en el enlace propuesto, se enviase la respuesta sin demora y se celebrase acto continuo la alianza deseada, porque la Francia no podía estar más tiempo en incertidumbre.

El archicanciller Cambaceres había sido el encargado de promover la relajación del vínculo espiritual, a fin de quitar todo escrúpulo a los gabinetes que profesaban la religión católica, por si había que acudir a una princesa no protestante. Lo mismo para el vínculo espiri-

tual que para el civil se había preferido al divorcio ordinario la anulación, fundada en un defecto de forma ó bien en una razón de supremo interés público, como más decorosa para Josefina y más conforme á las ideas religiosas dominantes. También había prevalecido la resolución de no hacer intervenir en nada al papa. El archicanciller Cambaceres, muy experto en estas materias, y por lo general en todas las que exigían ciencia, tacto y fecundidad de imaginación, reunió una comisión de siete obispos á quienes sometió el caso de que se trataba. Eran éstos el obispo de Montefiascone (cardenal Maury), el obispo de Parma, el arzobispo de Tours, el obispo de Vercelli, el obispo de Evreux, el obispo de Tréveris y el de Nantes. Estos hombres doctos, después de un maduro examen, resolvieron que si para disolver un matrimonio regular por una gran razón de Estado la única autoridad competente era el papa, la autoridad del prelado diocesano bastaba para relajar un matrimonio irregular, como el de que se estaba tratando. La ceremonia clandestina que se había celebrado en una capilla de las Tullerías sin testigos (1), y sin el suficiente consentimiento de las partes contratantes, no podía, por más que dijese el cardenal Fesch, constituir un matrimonio regular; por lo tanto su anulación debía fundarse en un defecto de forma, y solicitarse ante el prelado diocesano en primera instancia, y en segunda instancia ante el metropolitano.

De resultas de este acuerdo, instruyóse con todo secreto á instancia del archicanciller, como representante de la familia imperial, un procedimiento canónico, encaminado á obtener la anulación del matrimonio del emperador Napoleón con la emperatriz Josefina. Abrióse la prueba testifical, y fueron oídos el cardenal Fesch, Talleyrand, Berthier y Duroc; el primero acerca de las solemnidades observadas, y los otros tres sobre la naturaleza del consentimiento dado por las partes. El cardenal Fesch declaró haber obtenido del papa las dispensas para la inobservancia de ciertas solemnidades en el ejercicio de sus funciones de limosnero mayor, lo cual en su concepto bastaba para suplir la ausencia de los testigos y del párroco. Por lo tocante á la partida de casamiento afirmó que existía, con la cual frustraba la precaución que se había tomado de arrebatarse á Josefina por mediación de sus hijos la certificación que tenía dada por el mismo cardenal Fesch. Talleyrand, Berthier y Duroc afirmaban que Napoleón les había manifestado diferentes veces que por su parte no había hecho más que consentir á una mera ceremonia para tranquilizar á Josefina y al papa, sin tener jamás intención formal de completar su unión con la emperatriz, por el triste convencimiento que abrigaba de tener que renunciar á ella en breve por el bien de su imperio. Estos testigos referían ciertos pormenores que no consentían la menor duda sobre este punto.

La autoridad eclesiástica en vista de todo reconoció

(1) Partiendo de un dato falso de un escritor contemporáneo dijimos en el libro XX que Talleyrand y Berthier habían asistido como testigos al matrimonio secreto celebrado en las Tullerías la víspera de la consagración. El autor de aquel documento había sido inducido en error por la emperatriz Josefina, á quien se lo había oído referir. El examen de otros documentos oficiales que después he podido proporcionarme me ha hecho rectificar aquella equivocación, cuya importancia por otra parte es de mera forma. (N. del A.)

que no había consentimiento suficiente; pero por consideración á las partes no quiso fundarse especialmente en esta nulidad, y tomó en consideración otras nulidades no menos importantes; eran la absoluta ausencia de testigos y la falta del párroco (único ministro autorizado por el culto católico para dar autenticidad al vínculo religioso). Declaró que las dispensas otorgadas al cardenal Fesch como limosnero mayor y de un modo general no habían podido conferirle atribuciones curiales y que por lo tanto el casamiento era nulo por defecto de las solemnidades más esenciales. Fué en consecuencia disuelto el matrimonio ante las jurisdicciones diocesana y metropolitana, es decir, en primera y segunda instancia con la conveniente decencia y la completa observancia del derecho canónico.

Quedaba ya Napoleón en plena libertad sin haber tenido que recurrir á ninguno de esos expedientes que tanto mancillan en la historia otros repudios semejantes, sin recurrir siquiera á la forma del divorcio tan repugnante á nuestras costumbres, y con todos los miramientos debidos á la infortunada esposa que tantos años había embellecido su existencia según él mismo acababa de manifestar. Sin embargo nadie le imponía semejantes escrúpulos: todo fué en él voluntario: lo único que exigía de él el mundo era saber su nueva elección para pensar cuál sería el porvenir. Con el mismo objeto esperaba él ansioso la respuesta de San Petersburgo y se impacientaba por la tardanza.

La comunicación de que se había encargado Mr. de Caulaincourt era delicada y espinosa, y á pesar de que se lo facilitaba todo la gran privanza de que gozaba con el emperador Alejandro, sin embargo las circunstancias que eligió no fueron las más oportunas para salir airoso. La última guerra había alterado mucho la alianza entre las dos cortes. En primer lugar, si bien las cosas de Finlandia habían presentado más halagüeño semblante en el último año, si una revolución que más adelante mencionaremos había precipitado del trono al rey de Suecia, traído la paz y producido la cesión de la Finlandia á la Rusia, los acontecimientos de Oriente por otra parte eran menos favorables á la ambición rusa, y desde que el emperador Alejandro había quedado en completa libertad respecto de la Turquía, apenas había adelantado un paso en el Danubio, de manera que la Moldavia y la Valaquia, aunque concedidas por Napoleón, aún no estaban conquistadas á los turcos. Había pues cedido mucho en San Petersburgo el entusiasmo por la alianza francesa, á pesar de que el gabinete ruso debía culpase á sí mismo, y no á la Francia que lo había concedido todo. En segundo lugar, Napoleón, descontento de no haber recibido apenas auxilios de su aliado, se había comunicado con él muy poco durante la campaña, no le escribió hasta después de haberla terminado, y lo hizo acusando con singular altivez, aunque sin quejas, la ineficacia de los auxilios de la Rusia. Precisado Alejandro á confesar la insuficiencia de su gobierno, ó su poca voluntad, y prefiriendo lo primero á lo segundo, sufrió muchísimo en su amor propio.—¿Qué esperaban pues de mí?, repetía sin cesar. Mis asuntos en Finlandia y Turquía han sido tan mal conducidos como los del emperador Napoleón en Polonia. ¿Podía yo acaso hacer por él más que por mí mismo?—Y para disculpase de su insignificante

cooperación alegaba las distancias, las estaciones, y la inferioridad de la administración rusa que no ofrecía los recursos personales y materiales de la administración francesa. Pero lo que principalmente mortificó al emperador Alejandro fueron las condiciones de la paz celebrada con el Austria, y el aumento de cerca de dos millones de súbditos concedido al gran ducado de Varsovia. Consideró esto, y más que él todavía la corte de San Petersburgo, como un presagio cierto del próximo restablecimiento de la Polonia, y la política rusa había estado de resultas levantando el grito contra la Francia por espacio de quince días, á tal punto que apenas se atrevía Mr. de Caulaincourt á mostrarse en público. El donativo de cuatrocientos mil súbditos á la Rusia había parecido como una especie de cebo para restaurar á mansalva la Polonia: proyecto que los de la oposición suponían plenamente realizado con la reunión de la Galitzia al gran ducado de Varsovia. Alejandro, más sensible á los recelos ajenos que á su propia desconfianza, se estaba quejando sin cesar desde el último tratado de Viena, y pidiendo garantías contra el enojoso porvenir que le hacían entrever.

Entregósele una carta de Napoleón muy tranquilizadora, de la que dió conocimiento confidencial á los principales personajes de su corte; pero habiéndole éstos manifestado que las declaraciones en ellas contenidas no eran sino meras palabras, se vió en la precisión de demandar algo que fuese oficial. Diósele lo que pedía, y Mr. de Caulaincourt, después de muchas instancias, fué autorizado en términos generales para firmar un convenio acerca de Polonia. Pero dejóse arrastrar el diplomático francés á una obligación que en lo sucesivo había de ser para Napoleón una traba sumamente embarazosa. En este convenio se estipuló que el reino de Polonia no sería jamás restablecido; que los nombres de Polonia y polacos serían borrados en todos los documentos y no volverían á usarse en lo sucesivo; que el gran ducado no podría engrandecerse con la adjudicación de parte alguna de las antiguas provincias polacas; que las órdenes de caballería polacas quedarían abolidas; por último que todas estas cláusulas serían tan obligatorias para el rey de Sajonia, gran duque de Varsovia, como para el mismo Napoleón (1). Esta singular convención que exponía á Napoleón á hacer con los polacos un papel tan extraño, no supo Caulaincourt negarla á los vehementes ruegos del emperador Alejandro, que parecía decidido á romper toda alianza si no ratificaba en esos términos.

En esta situación, algo antes de redactarse definitivamente el citado convenio, y mientras se estaban debatiendo sus cláusulas, llegó á manos de Caulaincourt la demanda que se le mandaba trasladar á la corte de Rusia. Habiendo recibido el primer correo de París del 8 al 9 de diciembre, no pudo ver inmediatamente al emperador Alejandro que se hallaba ausente de San Petersburgo. A su regreso obtuvo de él una audiencia y le expuso directamente el negocio de que estaba encargado (2). Algo sorprendió esta embajada al empe-

(1) Estos hechos tan importantes y decisivos acerca del casamiento no han sido jamás conocidos, y los exponemos con arreglo á la correspondencia auténtica de Caulaincourt y Napoleón. (N. del A.)

(2) Casi todas las cartas relativas al casamiento han sido in-

rador Alejandro; sin embargo, no negó el compromiso en cierto modo contraído en Erfurt, compromiso que, sin garantizar el buen éxito, le obligaba á hacer un esfuerzo para con su madre á fin de conseguir la mano de la gran duquesa Ana. Manifestó su deseo, y hasta sus esperanzas de salir airoso de su empeño, pero quiso al propio tiempo quedar en libertad de hacer lo que más le conviniese para conseguir sus fines. Ya obrase con sinceridad al usar con su madre de todos aquellos miramientos, ya abrigase el propósito de ir preparando, por si era necesario, una negativa, dijo que no haría la insinuación en nombre del emperador, sino en el suyo propio, que se presentaría como medianero, no de una demanda ya hecha, sino de una demanda posible, y hasta probable, y que procuraría conseguir el consentimiento de su madre, haciendo valer el interés de su política más bien que la intención de satisfacer el deseo manifestado por el emperador de los franceses. Después de colmar á Mr. de Caulaincourt de agasajos para que los transmitiese á Napoleón, aplazó Alejandro su respuesta, prometiendo que la daría tan pronto como fuese posible.

No parecía verosímil que el emperador Alejandro, que era tan amante de su madre y tan correspondido en su cariño, hiciese misterio para ella de un acontecimiento tan importante para la familia imperial, siquiera mediasen entre ambos ciertos celos de autoridad. Lo que probablemente se proponía Alejandro era que, si no convenía la alianza de familia con Napoleón, quedase á cubierto el amor propio de las dos cortes, entendiéndose que la emperatriz madre sólo dejaba desairado á su hijo, y de ningún modo á Napoleón, el cual no figuraba como actor en la negociación. También podría suponerse que quiso Alejandro reservarse una amplia libertad con objeto de poner á su consentimiento un precio más subido, como el que queda arriba indicado relativo á la Polonia.

Escribió, pues, Mr. de Caulaincourt á París el 18 de diciembre que sus insinuaciones habían sido perfectamente recibidas, que todo anunciaba un próspero resultado, pero que sin embargo era menester proceder con toda clase de miramientos y un poco de paciencia. Estrechado por los correos que continuamente le despachaba Mr. de Champigny, puso en juego sus más altos poderes, y manifestó á la corte de Rusia que se aceptarían todas las condiciones, hasta las que dimanaban de la diferencia de religión. Vió nuevamente al emperador, que le pareció satisfecho del resultado de sus primeros pasos y le anunció como casi seguro el consentimiento de su madre, como más seguro todavía el de su hermana la gran duquesa Catalina, y como muy próximo el consentimiento general y oficial de toda la familia imperial. Sin embargo el emperador pedía aún un nuevo plazo para explicarse de una manera definitiva. Era evidente que Alejandro acabaría por consentir, puesto que daba por obtenida la anuencia de su madre y de su hermana, únicas que podían oponer dificultades; éralo también que no se atrevía á despachar al embajador francés de su propia cuenta con una negativa que, hiriendo el orgullo de Napoleón, tan sensible, hasta utilizadas; sin embargo, los fragmentos que se conservan, y principalmente la correspondencia de Napoleón, ofrecen medios suficientes para restablecer los hechos. (N. del A.)